JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en Buenos Aires.

Copyright by Jacinto Benavente. — 1924.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1924

22

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. PORRAS

N.º de la procedencia

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en Buenos Aires.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1924

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

A Lola Membrives,

cariñoso recuerdo de nuestra excursión por América española, de la que fuimos tan acompañados por las malas intenciones, tan favorecidos por la buena eskrella.

Su admirador y amigo,

Jacinto Benavente.

722284

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FLORENCIA.....	Sra. Membrives.
LA PRINCESA.....	— Ortiz.
LA CONDESA AIMA.....	— Blázquez.
ESTHER.....	— Vadillo.
RAIMUNDO.....	Sr. Puga.
ESTEBAN.....	— Martí.
EL DOCTOR BELFOGOR.....	— Campos.
ECEQUIEL.....	— Pereda.
DICK.....	— Dafauce.
UN CRIADO.....	— Mosquera.

ACTO PRIMERO

Antesala de la casa del doctor Belfogor.

ESCENA I

Un CRIADO y ESTEBAN.

CRIADO. No hay nadie todavía. La sesión es a las nueve.

ESTEBAN. Ya lo sé. ¿No está el doctor?

CRIADO. ¿El doctor Belfogor? Creo que sí.

ESTEBAN. ¿Solo?

CRIADO. Con su señora y esa señorita.

ESTEBAN. ¿Su hija?

CRIADO. Por hija pasa...

ESTEBAN. Ya...

CRIADO. Pero le hemos conocido tantas hijas...

ESTEBAN. ¡Ah!... ¿Usted conoce de antiguo al doctor?

CRIADO. Sí le conozco... ¿Quiere usted que le cuente toda su historia?

ESTEBAN. No, yo también creo conocerla...

CRIADO. Entonces... no tengo que advertir nada al señor.

ESTEBAN. Ya... ¿Este sitio es sitio peligroso?

CRIADO. Para usted, no. Usted ya sabe de lo que se trata. Pero el infeliz que viene aquí engañado..., ¡y vienen tantos!... A esa pobre Condesa, que ha perdido una hija y está medio loca, yo creo que le han hecho creer que habla con ella por medio

de la hija del doctor, que está bien enseñada por los padres. La mujer del doctor es más peligrosa que el padre.

ESTEBAN. Ya..., ya...

CRIADO. Aquí viene la Condesa. Siempre es la primera. ¡Pobre señora!

ESTEBAN. Déjeme. Quiero hablar con ella.

ESCENA II

ESTEBAN y la CONDESA AIMA.

ESTEBAN. Condesa...

CONDESA. ¿Está el doctor?... ¿Está Florencia?... Quiero verlos antes de que empiece la sesión... Quiero verlos... Usted no sabe... ¡Soy tan dichosa!... He hablado con mi hija... Aún no sé la verdad, pero la sabré pronto. Su espíritu está aún perturbado. Los que mueren como ella, tardan en purificarse... ¡Hija mía!... Pero Florencia es una médium admirable... y me habla por ella... Sí... No puedo dudarlo. Me dijo algo que sólo ella y yo podemos saber... No me mire usted así... Usted es incrédulo. ¡Ah!, los sabios creen que nada de ésto puede ser.

ESTEBAN. Sí, Condesa, todo puede ser. Yo no soy un incrédulo, como usted piensa. Yo creo que entre el mundo visible y el invisible — pero que no por eso es menos real — hay comunicaciones sorprendentes. Espíritu, o materia imperceptible, los efectos son indudables. Las causas... ¡Ah!... ¿Qué importan las causas?...

CONDESA. Luego... ¿usted cree que es posible?...

ESTEBAN. Sí, Condesa. Siempre que busquemos en nosotros mismos la verdad y el bien, los encontraremos. Por nuestro propio esfuerzo, por nuestra voluntad y por nuestra bondad, podemos comunicar

bondad a otras almas, que están perdidas en tinieblas. Ese es el verdadero espiritismo: no este de los médiums y los veladores, muy curioso, muy ilusionante... Yo también perdí un hijo, como usted a su hija. También se suicidó sin que nadie supiera la causa. Yo también, como usted, creí volverme loco... Aquel hijo mío, por cuya felicidad, por cuya alegría había yo vivido sacrificado; aquel hijo mío, llevaba en su alma una tristeza, que yo no sospeché nunca, que le llevó a la muerte. Y yo le creía dichoso; y él, acaso sintió alguna vez que debía decírmelo todo, y acaso no se atrevió porque me veía tranquilo, satisfecho en mi cariño de padre, que debió adivinar... ¿Qué vale un cariño que no inspira nuestra confianza, que tal vez nos atemoriza y no sabe merecer la confesión de una tristeza que lleva a la muerte?... A su muerte, que es una eterna acusación y un eterno remordimiento...

CONDESA. Sí, eso es: acusación, remordimiento... Pero usted, al fin, no tiene de qué acusarse...; solamente de no haber adivinado...; pero yo..., ¡es más horrible!... El hombre a quien amaba mi hija, su prometido... No, ella no lo supo nunca... Pero lo habrá sabido después..., en la otra vida. Más allá de la muerte, lo habrá sabido... Allí está la verdad... Yo quiero saber si ella ha sabido...

ESTEBAN. ¿Y qué lograría usted?... Atormentarse... Y si en verdad fuera su espíritu el que hablara, atormentarla.

ESCENA III

DICHOS, la PRINCESA y ECEQUIEL.

PRINCESA. Condesa... Amigo mío...

ESTEBAN. Señora...

PRINCESA. La sesión de hoy será muy interesante y divertida.

CONDESA. ¿Usted viene para divertirse, Princesa?

ECEQUIEL. La Princesa, sí, se divierte. Ayer se vió en un espejo mágico asesinada y vió también al asesino...

CONDESA. ¡Qué horror!...

PRINCESA. No me asusté. Iré al encuentro de mi destino alegremente. El asesino se parecía a ti.

ECEQUIEL. Entonces, si el asesino he de ser yo, será un hermoso asesinato, porque será por amor: un amor como el mío, capaz de todo.

PRINCESA. Capaz de todo... Lo veremos. Yo sólo pido amar así: a un hombre capaz de todo por mi amor... Quiero hablar con el doctor Belfogor antes de la sesión. ¿Me acompaña usted? A usted también le interesa lo que hemos de tratar. El doctor sabe ya de cierto lo que usted teme.

ECEQUIEL. Temor, no. Si llegara el caso, si ese hombre fuera mi hermano, reclamaría en justicia y con razón todo lo que es suyo.

PRINCESA. ¿Se resignaría usted a perder su nombre, su posición, su fortuna, mi amor?... ¿Qué le quedaría a usted entonces?...

ECEQUIEL. Me quedaría la verdad: sabría entonces lo que soy, lo que valgo por mí mismo.

PRINCESA. ¿Y quién puede saber lo que vale por sí mismo? Aun esa verdad de usted mismo, que usted supone había de quedarle, siempre la deberá usted a lo que fué antes: a su dinero, a su posición,

a lo que no era de usted... Nada es suyo sólo, amigo mío. Todos somos una parte de todo... Acompáñeme usted... Señores, hasta muy pronto... *(Salen Ecequiel y la Princesa.)*

ESCENA IV

ESTEBAN y la CONDESA.

ESTEBAN. No sé quién me da más lástima de los dos. ¡Almas perdidas!...

CONDESA. La Princesa es muy inteligente.

ESTEBAN. Para el mal. Torpe inteligencia. Lo peor es que por ella domina a ese hombre desdichado, sin voluntad; a ese hombre que, por otro amor y con otra mujer a su lado, aún podría salvarse.

CONDESA. ¿Usted le conoce?

ESTEBAN. Sí: Ecequiel Davidson.

CONDESA. ¡Ah! ¿El multimillonario, hijo del célebre Davidson?

ESTEBAN. Sí; célebre por sus infamias, que le enriquecieron. La primera fué abandonar a su verdadera mujer y a su hijo legítimo.

CONDESA. ¿Dice usted?... Yo le he conocido siempre con la que todo el mundo creía su esposa.

ESTEBAN. Sí, la madre de este hijo suyo, que heredó indebidamente nombre y fortuna. Por suerte para él, el verdadero hijo legítimo de Davidson, el heredero, no reclamará nunca su nombre ni su riqueza... Verdad es que él posee la verdadera riqueza espiritual, y para nada necesita ese nombre ni esa posición. Pero hay quien no lo cree, quien piensa que sólo espera una ocasión para reivindicar lo que le pertenece. Y hay otros, también, que quizás se valdrán de otros medios para obligarle a recuperar lo que es suyo. Son muchas y peligrosas ambiciones las que le ame-

nazan. Unas, en su vida; otras, las más temibles, en su corazón.

CONDESA. ¿Es amigo de usted?

ESTEBAN. Mi mejor amigo : un hermano para mí. ¿Por qué cree usted que asisto yo a este antro?

CONDESA. ¡Oh, señor!...

ESTEBAN. Sí; a ese antro, disfrazado con el pomposo título de Sociedad de Investigaciones Psíquicas por ese doctor aventurero, que sabe explotar en provecho propio lo más fácil de explotar, después de la vanidad. Y mejor que la vanidad; porque la vanidad busca cosas palpables, de consistente realidad; pero ustedes, los que acuden aquí, buscan lo ilusorio, lo imposible, el secreto del más allá. Y cualquier ilusión les satisface, y cualquier hábil engaño les ilusiona.

CONDESA. Es usted cruel. Yo no puedo dudar. He visto, he oído. ¿Cómo es posible que Florencia escribiera lo que ayer escribió sin vacilar? Palabras que sólo mi hija y yo podemos saber... Era su espíritu, era mi hija la que hablaba..., no puedo dudarlo.

ESTEBAN. Sí; mi amigo también cree que por Florencia se comunica con la mujer que él adoraba, con la esposa muerta. También él cree que sólo ella ha podido decirle lo que él cree haber oído. Son ustedes más dichosos que yo. Yo también deseaba, necesitaba saber...

CONDESA. Usted no es creyente...

ESTEBAN. Más creyente que ustedes. Creo en mí. ¿Usted conoce a Dick, ese muchacho que muchas veces me acompaña, que viene aquí conmigo?

CONDESA. Yo creía que era hijo de usted.

ESTEBAN. Como si lo fuera. Es el hijo mío, el que perdí. Es el medio mejor que he encontrado de comunicarme con él. ¿Sabe usted cómo conocí yo a ese muchacho?... Una mañana salía yo de un Banco; acababa de cobrar un dinero. Guardaba en un sobre

unos billetes. Era una mañana de lluvia y de frío. Por la calle, apenas transitaban algunas personas ateridas. De pronto, alguien se abalanzó sobre mí y me arrebató el sobre de entre las manos. Cuando quise darme cuenta, vi a dos o tres personas que rodeaban a un joven..., le golpeaban, le maltrataban. Me acerqué al grupo: «Este granuja es el que le ha robado a usted...; lo hemos visto. Aún tiene el dinero. Aquí lo tiene usted.» «Yo no he sido. Yo no he sido...» Le miré fijamente. Era una cara toda dolor. Unos ojos que eran como claraboyas de cárcel, a los que se asomaba una pobre alma prisionera. La mirada de angustia me contó en un instante toda su vida. No sé si lo pensé o lo sentí. Es lo mismo. «Se equivocan ustedes, señores — dije —, este joven no me ha robado nada. Corría porque hace mucho frío; pero ese dinero se lo he dado yo para que lo lleve de parte mía.» La gente me miraba incrédula: «Se lo aseguro a ustedes...» «Cuando usted lo dice...» «Anda, anda, buen susto te han dando. Lleva ese dinero..., ya sabes...» Le di mi nombre y mis señas: «Pregunta por ese señor..., ya sabes, y no tardes. Yo iré en seguida.» Sus ojos se clavaron en mí, y toda su cara me interrogaba. «Ve, ve — le dije —.» Y salí andando. Tomé un coche y llegué a mi casa antes que él, porque estaba seguro de que iría... Y fué. Y sin decirme nada, me entregó el dinero; y sin caer de rodillas, yo sentí toda su alma arrodillada; y sin que una lágrima asomara a sus ojos, yo vi que todo él era llanto de gratitud. «Ha sido usted muy bueno, señor — fué todo lo que supo decirme —; ha sido usted muy bueno. ¿Qué quiere usted de mí?» «Que seas bueno tú también», le dije. Y bueno ha sido y bueno es y ha de serlo siempre. Ya ve usted si es fácil lo que ustedes pretenden: que un espíritu salga a luz, se comunique con nosotros... ¿Por qué no

busca usted así su hija? ¡Hay tantas almas que salvar, tantos espíritus en tinieblas de dolor y pecado!...

CONDESA. Es verdad, es verdad. ¡Ayúdeme usted, sea usted mi guía, mi salvador!... Pero, si usted supiera... ¡yo no puedo salvarme!... La hija mía, mi hija, ¿por qué murió?...

ESTEBAN. ¿Y por qué atormentarse? El misterio del más allá no nos pertenece. Somos nosotros los que le pertenecemos. Que al penetrarnos él, no al penetrarle nosotros, vayamos a él purificados, sin miedos y sin sombras que lo hagan pavoroso. El más allá será lo que nosotros seamos: claridad o sombra; lo que lleven consigo nuestras almas...

CONDESA. Su amigo llega. Dejo a ustedes. A pesar de cuanto usted me ha dicho, necesito ver a Florencia, necesito saber...

ESTEBAN. ¡Pobre alma atormentada!... *(Sale la Condesa.)*

ESCENA V

ESTEBAN y RAIMUNDO.

ESTEBAN. ¿Sin ver a nadie?

RAIMUNDO. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿También has venido esta noche? ¿Es interés? ¿Es curiosidad?... ¿No decías que todo esto te repugnaba?

ESTEBAN. Sí, he debido venir. Tengo que vigilar.

RAIMUNDO. ¿Vigilar?

ESTEBAN. A ti, ante todo, porque nada me importa más que tú. Después, a tantas víctimas propicias: a la Condesa, atormentada por su remordimiento, el de haber causado la muerte de su hija, la pobre criatura ilusionada que, de pronto, sintió desgarrarse su vida ante la traición de los únicos amores de su vida: su madre y el prometido. Y ahora quiere saber si la hija sabía antes de morir la

horrible verdad. Pero como la verdad es el crimen, la verdad sólo puede ser la expiación. Y después... también me interesa tu hermano. Él ya sabe que eres su hermano, y teme verse desposeído por ti.

RAIMUNDO. Si es por eso, yo puedo tranquilizarle. Bien seguro puede estar. El día en que, ya hombre, mi madre me contó su vida de martirio, las infamias del hombre — del hombre..., no puedo llamarle padre — que me dió la vida, aquél día juré..., no necesité jurar..., me aseguré a mí mismo que mi nombre sería siempre el de mi madre, que mi posición sería la que yo pudiera lograr: que no aceptaría nada que proceda del que ofendió, del que maltrató a mi madre; sería..., sería ser hijo de ese hombre, ser digno hijo suyo..., y tú sabes que no lo soy. La única que pudo obligarme a renegar de mí mismo, a recoger un nombre y una fortuna odiados por mí; la única, lo supo todo; y con grandeza de alma — ¡su alma! — sólo supo decirme: ahora te quiero más... Yo no podía quererla más de lo que ya la quería... La hubiera querido lo mismo, si, por flaqueza de mujer, hubiera adivinado en ella una desaprobación a mi firme propósito. ¡Y pensar que cuando yo había logrado por mí mismo, para ella, posición, nombre, bienestar; cuando nada faltaba a nuestra dicha, llegó la muerte a separarnos! ¡La muerte, que acechaba para sorprendernos en la plena felicidad de dos almas, unidas por toda nuestra vida, por todos nuestros pensamientos y todos los latidos de nuestro corazón!... Esteban, amigo mío — y tú sabes lo que esta palabra, «amigo», quiere decir cuando yo la pronuncio —, no te burles ahora de mí. No..., yo sé que no te burlas. No me compadezcas porque me crees engañado. Si es engaño, ¡bendito engaño, que es ilusión!... Pero no puedo dudar... He oído su voz, con sus mis-

mas palabras: las que ella sola podía recordar y yo solo podía saber... Ahora, que he podido triunfar de la muerte; por que si la muerte, como el siniestro cuervo de Poe, pudiera grabar la palabra «nunca» sobre el amor, que sólo sabe decir «siempre», ¿qué sería esta vida miserable?... Habría que decir que nuestra vida había sido otra, otra vida de crímenes, anterior a esta vida, y esta de ahora, la justa condenación de aquella vida pasada...

ESTEBAN. Sí, tal vez sea yo muy cruel cerrando el paso a la ilusión, pero... si sólo fuera tu ilusión de ahora... Es que temo... Veo que la ilusión de comunicarte con tu adorada esposa ha encarnado en una realidad, y en una realidad peligrosa: otra mujer, que por desgracia no es aquella mujer, aunque tú, ilusionado, creas que su espíritu habla por ella.

RAIMUNDO. ¿Florencia, dices?... ¡Pobre criatura!

ESTEBAN. Pobre criatura si estuviera sola en el mundo; pero esa gente que la rodea..., ese doctor..., su mujer... Temo por ti..., debo temer... Yo sé que el doctor ha fraguado un plan diabólico, del que tú eres la clave. Si amas a Florencia, te exigirá que recobres tu nombre y tu fortuna. Si no consientes, hay otra mujer ambiciosa, de quien tu hermano, el usurpador de tu nombre, está ciegamente enamorado. Esa mujer ambiciosa no será suya sin la seguridad de que tú nunca, nunca, entiendes, podrás reclamar lo que es tuyo. La ambición de esa mujer, la del doctor, la pasión loca de tu hermano por esa mujer, todo ello, ¿sabes lo que significa? Tu sentencia de muerte.

RAIMUNDO. Mi muerte. No. Florencia es ella misma; y como ella, aceptará mi sacrificio. ¡Estaremos tan lejos de toda esta gente!... ¡Quedarán tan seguros de que yo no he de volver nunca a desposeerles de nada!... No... ¡Pobre hermano mío!... ¿Qué sería

de él si tuviera que defender su vida como yo tuve que defenderla, si de pronto se viera pobre, miserable?... ¡Si él supiera lo que le compadezco!... Si él supiera — que aunque entre los dos se interpone el recuerdo santo de mi madre — que yo no puedo quererle mal... Es mi hermano, y en nada se parece a su padre... Dijérase que al ser engendrado por el verdugo de mi madre, una sombra de remordimiento puso al nacer en sus ojos la mirada de resignación que yo vi siempre en mi madre... y por ella lo he perdonado.

ESTEBAN. Y ¿no fuera mejor que él supiera quién eres; que hablaras con él, que él supiera que no tiene nada que temer de ti?

RAIMUNDO. No. Él no está seguro de que yo soy su hermano. Aquel hombre llegó en su maldad a calumniar a mi madre, a dudar de ella... Para mi hermano, soy yo el usurpador. Bien está así. Por la vida hemos de caminar siempre entre sombras: desconociéndonos unos a otros... Y cuando sobre la única claridad de la vida, el amor de dos criaturas, no hay una sola sombra de mentira que los separe, llega, cruel, la cerrazón terrible de la muerte a separarlos. ¡Siempre sombras entre las almas mientras van por la vida!...

ESCENA VI

DICHOS, FLORENCIA, ESTHER y la CONDESA.

ESTHER. No, Condesa, no es lo que usted cree. Florencia no se encuentra hoy bien, está muy fatigada.

CONDESA. No; es que teme que hoy sea el día terrible de la verdad.

FLORENCIA. No, Condesa; yo no sé lo que pudo pasar ayer... Yo sé que entre todos me atormentan ustedes... ¡Déjenme..., déjenme..., no puedo más!

ESTHER. Su padre no le consiente que se fatigue por unos días. Necesita descanso.

RAIMUNDO. Florencia, ¿cómo está usted?

FLORENCIA. Triste, muy triste.

RAIMUNDO. ¿Por qué, Florencia? Hoy deseaba yo hablar con usted de tantas cosas...

FLORENCIA. Antes de que habláramos, quisiera yo estar muy lejos de aquí..., muy lejos...

RAIMUNDO. ¿Nada espera usted de la vida?

FLORENCIA. Para mí, la esperanza sólo tiene un nombre: miedo.

RAIMUNDO. ¿A mí también me tiene usted miedo?

FLORENCIA. A usted, no. Porque el único miedo que yo pudiera sentir respecto a usted, sería el miedo de causarle algún mal. Y, a pesar mío, temo que pueda ser, si usted se obstina en no separarse de mí. Si yo dispusiera de mí, ya me hubiera alejado: tarde para mí; a tiempo para usted.

RAIMUNDO. ¿Por qué dice usted eso: tarde para usted, a tiempo para mí?

FLORENCIA. Porque usted se olvidaría pronto de mí; yo no podría ya olvidarle. Piense usted de mí lo que quiera. Por desgracia mía, por este don fatal que muchos creen un engaño — y han tenido razón en creerlo otras veces... — Calle usted..., nos observan...; ya hablaremos durante la sesión.

RAIMUNDO. No tendré calma para esperar.

FLORENCIA. Antes quisiera hablar con su amigo de usted. Llévese usted a mi madre y a la Condesa.

RAIMUNDO. Florencia quiere hablar contigo.

ESTEBAN. Enhorabuena. No deseaba otra cosa desde hace muchos días.

RAIMUNDO. Condesa, Florencia me dice que el doctor tiene algo muy interesante que comunicarnos antes de la sesión.

ESTHER. El gran salón está lleno de gente; será una sesión interesantísima: la plena demostración de nuestras doctrinas.

NDESA. Florencia no viene con nosotros.

THER. No, tiene que hablar con ese caballero.

AIMUNDO. ¿Ah, usted sabe que Florencia deseaba hablar con él?

THER. Mi hija cuenta siempre con sus padres para todo. Es una buena hija. ¿Vamos? *(Salen Esther, la Condesa y Raimundo.)*

ESCENA VII

FLORENCIA y ESTEBAN.

TEBAN. ¿Deseaba usted hablar conmigo? Yo también con usted. Hablemos como dos buenos amigos.

ORENCIA. No, usted no es mi amigo. Yo sé que ha prevenido usted a Raimundo contra mí. Lo sé. Acaso tiene usted razón. Todos tienen razón contra mí: mis padres, los que dicen ser mis padres, el medio en que vivo... Usted cree que Raimundo es víctima de un engaño. No por mi parte, se lo juro a usted. En cuanto usted sabe, en cuanto usted ha oído no hay engaño por mi parte. Yo misma no sabría explicarlo. Es verdad: otras veces yo no he sido más que un instrumento obediente del doctor, sin voluntad, sin conciencia... He hecho lo que él ha querido. Al fin y al cabo el doctor y su mujer me salvaron de una vida de ignominia, de vergüenza... Debo estarles agradecida. Aunque a usted le parezca que al estar entre esta gente he caído muy bajo, nunca—y ya es decirle a usted bastante—he vivido en un medio más decoroso que éste. Si he de perderme para siempre, que sea por la verdad. No, yo no quiero engañar a usted, porque no quiero engañar a Raimundo, a ese hombre de tan gran corazón, que me quiere. Ya sé que no es por mí: por mí, nunca me hubiera querido..., porque

cree hallar en mí a la muerta adorada; porque cree que por mí habla su espíritu... Es su locura..., pero esa locura será mi salvación. Porque yo soy capaz de quererle como ella le quiso... Si hubo adivinaciones, esta vez no fueron sugeridas por el doctor. Fuí yo misma. Yo hablé, yo escribí sin saber... Yo siempre he creído que esto del espiritismo, de los médiums, era una mentira, una sugestión... Ya no sé..., ya creo... Yo le juro a usted que alguien hablaba por mí: si era la muerta, nunca olvidada, o yo misma, que sentí en mí despertar todo lo que yo era, lo que no he podido ser nunca... Pobre criatura, que quiere ser buena y no ha podido serlo... Crea usted de mí lo que quiera. Diga usted a Raimundo todo lo que usted piense de mí. Oblíguelo usted a separarse de mí para siempre; pero nunca crea usted que yo he mentido... Yo hubiera sido para él lo que ella era. Yo hubiera dado mi vida por él..., pero es imposible..., es imposible... Está la otra vida, mi vida, que no puede borrarse...

ESTEBAN. Florencia, ¿el doctor no le ha dicho a usted nada?

FLORENCIA. Nada; ¿de qué?

ESTEBAN. De una herencia que pertenece a Raimundo, de un nombre, que es el suyo y él no ha llevado nunca.

FLORENCIA. Nada me ha dicho, se lo aseguro a usted. Yo nada sabía.

ESTEBAN. Pero el doctor y su mujer, sus supuestos padres, ¿no le han aconsejado a usted para que hiciera creer a Raimundo que el espíritu de su esposa se comunicaba con él por usted? ¿Lo que usted dijo, no lo sabía antes?

FLORENCIA. Le juro a usted que no. Se lo juro. Yo nada sabía.

ESTEBAN. Entonces... Ah, no; el doctor lo sabía y usted lo sabía también. Es una indigna farsa. Es usted más peligrosa de lo que yo creía. Yo mismo he estado a punto de dejarme engañar.

FLORENCIA. ¿Qué dice usted?... ¿No me cree usted?... Usted, que ha salvado a una criatura miserable, que ha logrado usted redimirla; usted, que ha sabido encontrar al hijo que perdió..., ¿no puede usted creer en mí, porque soy mujer? ¿Es que para la mujer que ha pecado no hay redención posible, como para el hombre? ¿Es que nuestras faltas no tienen disculpas? ¿Pueden redimirse el ladrón, el asesino, el falsario, y una pobre mujer que ha caído no puede redimirse ni por el sacrificio de su felicidad? Porque eso es lo que yo hago: sacrificar mi felicidad para que usted me crea... Y no cree usted..., no cree usted... Y él... no creerá tampoco... En cambio, por el engaño podría hacerlo mío. Podría conseguir de su ceguedad todo lo que pierdo por no mentirle...

ESTEBAN. Su padre de usted.

FLORENCIA. ¡Ah, ya no hay otra vida para mí!

ESCENA VIII

DICHOS y el DOCTOR BELFOGOR.

DOCTOR. Florencia, te esperan para comenzar la sesión. ¿Qué tienes? ¿Qué te decía nuestro amigo?... Es un escéptico; viene aquí a observar.

ESTEBAN. Y a prevenir.

DOCTOR. Soy fatalista. Contra la fatalidad de nuestros destinos no hay previsión posible.

ESTEBAN. ¿Y se cree usted instrumento de los destinos de todos estos desdichados que acuden a usted con sus almas atormentadas?

DOCTOR. Esa es su fatalidad. Yo no he ido a buscarles: vienen a mí. ¿Usted cree que yo les engaño? Encontrarán en mí lo que buscaban. El camino es de sombras. Yo doy luz al camino. Iluminar la sombra ya es algo.

ESTEBAN. Sí, es mostrarnos a la luz su negrura. Pero a usted sólo le pertenecen las almas que llegan en sombras de pecado, no las que llegan en sombras de dolor.

DOCTOR. ¿Habla usted por su amigo? ¿Teme usted por él? Tiene dos caminos. Yo le ofrezco el mejor. Usted debiera ayudarme a conducirlo por él en vez de interponerse, con grave peligro para usted.

ESTEBAN. ¿Es una amenaza?

DOCTOR. Es una advertencia.

ESTEBAN. No me asusta usted.

DOCTOR. No lo pretendo. Soy un pobre hombre inofensivo.

ESTEBAN. Su historia es una prueba de ello.

DOCTOR. ¿Sabe usted muy bien mi historia?

ESTEBAN. Mejor de lo que usted cree.

DOCTOR. Ha de referírmela usted algún día, porque yo la tengo olvidada. Sé más de lo que ha de suceder que de lo sucedido. Vamos, Florencia, nos esperan.

FLORENCIA. ¡Llévese usted a Raimundo! No vuelvan ustedes por aquí... Tengo miedo, mucho miedo.

ESTEBAN. No hay cuidado. Raimundo se salvará. Y usted también, pobre criatura.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala en casa del doctor Belfogor.

ESCENA I

El DOCTOR y ESTHER.

DOCTOR. Pero tú no has podido averiguar...

ESTHER. ¡Nada!

DOCTOR. Eres muy torpe, o...

ESTHER. ¿Qué vas a decir?

DOCTOR. ¿No te atreverás a engañarme?

ESTHER. Te he dicho la verdad, lo que ella dice. Si ella miente...

DOCTOR. Es que yo temo que Florencia sepa demasiado; que quiera por su cuenta aprovecharse para ella sola de todos mis planes... ¡Mis planes!... ¡Ah, eso sí que no! ¡Lo veríamos!...

ESTHER. Yo no lo creo. Florencia sabe que eso no puede ser. Sabemos de ella tanto como ella puede saber de nosotros. Todos unidos, podemos conseguirlo todo.

DOCTOR. No sé..., no sé... Tal vez fuera mejor... Las ofertas de la Princesa...

ESTHER. Sí; pero la Princesa quiere demasiado. Suprimir es siempre peligroso.

DOCTOR. No. Tú sabes que no.

ESTHER. Siempre me dió miedo... No puedo acostumbrarme...

DOCTOR. Es que no me fío ya de Florencia. Si una vez casada se nos pasa al enemigo... Yo creo que está enamorada. Pero como no es ambiciosa... Es decir, lo es, pero para otras ambiciones: una casita, un marido, hijos... Tal vez vivir tranquila... Y como para eso con nada hay bastante... ¡Qué mezquindad! ¡Es tan hermoso no contentarse nunca!...

ESTHER. Todos no somos como tú. Pensar que nosotros también podríamos vivir tranquilos... Porque esto no es vivir; yo tengo siempre miedo...

DOCTOR. Mientras seas fiel, no tienes por qué tenerlo.

ESTHER. Qué quieres, me acuerdo siempre de cuando estuve tan enferma y nadie entendía mi enfermedad... ¡Tú sólo acertaste a curarme!

DOCTOR. El cariño es milagroso. Me convencí de que me querías, y te curaste.

ESTHER. Antes lo habías dudado.

DOCTOR. Tenía mis razones.

ESTHER. No tuviste razón.

DOCTOR. No repasemos historias. Soy enemigo de historias pasadas. Mañana, siempre mañana, y adelante: eso es la vida. La historia no es para recordar lo que se hizo, sino para aprender lo que debe hacerse.

ESCENA II

DICHOS y FLORENCIA.

ESTHER. Hija mía, así me gusta, que vengas a buscarnos. Siempre parece que huyes de tus padres. ¿Crees que hay alguien que te quiera más que nosotros?

FLORENCIA. A nadie debo tanto como a ustedes, lo sé. Sí, les debo todo. Por eso quisiera pagarles.

DOCTOR. Todos nos necesitamos en la vida.

FLORENCIA. ¿Podemos hablar?

DOCTOR. ¿Nosotros?... ¡Siempre!

FLORENCIA. ¿Qué puedo yo hacer por ustedes? ¿Qué quieren ustedes de mí?

DOCTOR. ¿De ti? Nada. ¿Dirás que te hemos exigido nada que no fuera fácil, honrado?... Al lado de tus padres, nadie ha podido decir nada de ti.

FLORENCIA. Sí, han sido ustedes generosos conmigo. Pero ahora, ¿qué puedo yo hacer? Yo haré todo lo que ustedes quieran. Sólo pido...

DOCTOR. ¿Qué?

FLORENCIA. Raimundo quiere casarse conmigo..., conmigo, a pesar de todo..., de saber mi vida..., porque yo no puedo engañarle..., eso no..., eso no... ¿Qué debo hacer? ¿Aceptar su cariño?

DOCTOR. ¿Quién lo duda? Será tu felicidad..., la de todos...

FLORENCIA. La de todos, ¿por qué?

DOCTOR. Porque nosotros sólo deseamos verte dichosa.

FLORENCIA. Pero lo que ustedes desean y lo que yo quiero, ¿puede conciliarse? Para ustedes, verme dichosa es verme dueña de una fortuna...

DOCTOR. Que es vuestra.

FLORENCIA. Él no la quiere.

DOCTOR. Pero tú debes convencerle que eso es una locura, hasta una injusticia. ¡Él, que se tiene por hombre íntegro!... Si él no quiere para sí ese dinero..., ¡con el dinero puede hacerse tanto bien en el mundo!... En manos de ese degenerado, de la Princesa, ese dinero sólo serviría para lo que ha servido hasta ahora. Eso es lo que debes decirle. Por ti habla la mujer a quien él quería, a la que adoraba. Si fuera ella la que hablase...

FLORENCIA. No. Ella no puede hablar así, como ustedes quieren... ¡Yo sé que ella no puede hablar así!...

DOCTOR. ¡Ah! ¿Te crees, en efecto, que es ella la que habla por ti?

FLORENCIA. No lo sé. Ella o yo, es lo mismo. Es lo que él quiere, lo que debe ser, porque él lo quiere.

DOCTOR. Si por ti habla la muerta, es que su espíritu está muy perturbado y no sabe aconsejarle lo que le conviene. Tú puedes aconsejarle mejor hablando por ti.

FLORENCIA. ¿Qué quieren ustedes? ¡Hablen claro!...

DOCTOR. ¿Qué quieres tú?

FLORENCIA. ¡Yo quiero su vida! ¡Su vida, que presiento amenazada!...

DOCTOR. ¡Qué locura!... ¿A quién crees tú capaz de llegar a ese extremo? Tú sabes que no es tan fácil...

FLORENCIA. ¡No, no! ¿No recuerdan ustedes?... ¡Dios mío!... ¿Por qué me querrá?... ¿Por qué no ha huído de aquí?...

DOCTOR. Mira, Florencia. Si tratamos de engañarnos será peor para todos. Raimundo debe reclamar lo que le pertenece. Es su deber. Y tú debes aconsejarle en nombre tuyo o en nombre de la muerta, en la que él cree sobre todas las cosas... ¡Lo harás así! ¡Lo harás! ¡Yo lo quiero, lo mando!

FLORENCIA. Sí, sí; pero júreme que ya no habrá peligro para él.

DOCTOR. ¿Qué peligro puede haber? Yo no quiero para mí nada. Me bastará con que seáis generosos conmigo y me ayudéis en mis investigaciones científicas. Yo sólo soy un hombre de ciencia. ¡Y la vida ha sido tan difícil para mí!... ¡He tenido que luchar tanto!... El día que yo pueda consagrarme tranquilo a mis investigaciones, la Humanidad verá maravillas.

FLORENCIA. Me da usted miedo.

DOCTOR. Todos me tienen miedo. ¡Pobre de mí! No tengas miedo. Obedece, obedece: todos podemos ser felices, tú verás como todos somos felices... Ahora, déjame: la Princesa no tardará en venir. Solicitó de mí una entrevista y es la hora. Le dije que estaría solo. Anda con tu madre; ella te aconsejará lo mismo que yo; lo mejor para ti, para todos...

ESTHER. Vamos, hija mía.

FLORENCIA. Vamos, sí... *(Salen Esther y Florencia.)*

ESCENA III

El DOCTOR y después la PRINCESA.

DOCTOR. Princesa...

PRINCESA. ¿Recibió usted mi carta?

DOCTOR. Esta carta, no. La que usted ha escrito, ésta no: ni la he leído siquiera. He leído otra: la que usted debió escribir. Por eso ya ve usted que no estoy indignado.

PRINCESA. ¡Ah!, ¿usted cree que no es esa la carta que yo debía escribir?

DOCTOR. No la ha pensado usted, seguramente... Lo que usted piensa es lo que va a decirme ahora.

PRINCESA. ¿Está usted tan seguro de poder adivinar el pensamiento?

DOCTOR. Segurísimo. Es tan fácil saber lo que piensa todo el mundo...

PRINCESA. ¿Muy fácil?

DOCTOR. Facilísimo. Se piensa siempre lo peor. Si no vemos claro en el pensamiento de los demás, es porque no queremos ver claro en el nuestro, porque nos asusta. Yo he mirado siempre cara a cara mi pensamiento. Como creo que todos los hombres somos lo mismo, poco más o menos, por lo que yo pienso, sé lo que piensan ellos. Mucho más cuando hay contacto espiritual, como entre nosotros, Princesa.

PRINCESA. Pues si usted sabe lo que pienso, no es preciso decirle nada. ¿Qué cree usted que pienso yo de usted?

DOCTOR. Que la he engañado y... pretendo seguir engañándola.

PRINCESA. Sabe usted bien que no puedo pensar otra cosa.

DOCTOR. Cuando sólo sabemos ver lo inmediato. Por lo que usted sabe hoy, por lo que sabrá usted mañana y muchos días después, sí, así parece: que la he engañado a usted.

PRINCESA. ¿Y no es así?

DOCTOR. Merecía usted que lo fuese. No hay nada que me ofenda tanto como la desconfianza.

PRINCESA. Todo el mundo sabe que su hija de usted... Ya sabemos todos también que no es su hija..., pero... es lo mismo..., se casa con Raimundo.

DOCTOR. No podía ser de otro modo.

PRINCESA. Y entonces la herencia será para usted. Florencia, en manos de usted, obligará a Raimundo a reclamarla. Ecequiel se verá desposeído, y yo..., ¿qué será de mí? Usted sabe que estoy arruinada, que Ecequiel Davidson es mi única esperanza, mi única realidad... Está loco por mí, y se casará conmigo o me amará siempre. Lo que yo quiera. De cualquier modo, yo seré dueña de su fortuna... ¡Ya lo soy!... ¿Qué necesita usted?, ¿qué pide usted por la seguridad de que Raimundo nunca se interpondrá en mi camino?

DOCTOR. Calma, calma... Lo primero que yo necesito es tenerle siempre cerca de mí. Es difícil operar a distancia.

PRINCESA. Nos conocemos. Yo sé que si le conviene a usted suprimirá a quien le estorbe. Pero... si no le conviene a usted... Si Raimundo, dócil a la sugestión de Florencia..., a la de usted, recobra su patrimonio...

DOCTOR. En ese caso sería yo quien le ofrecería a usted una indemnización.

PRINCESA. No se burle usted. Piense usted que si la vida es continua guerra, para mí es esta la batalla decisiva. Aún no sabe usted de lo que soy capaz...

DOCTOR. Todos somos capaces de todo. Pero no siempre le permiten a uno la demostración de que es capaz. En el mundo todo es cortapisas para las grandes ideas. Si no hubiera leyes, tribunales, sentencias, cárceles y quien llevara a ellas con tan poca cortesía, ¿quién puede saber de lo que todos seríamos capaces, Princesa?

PRINCESA. Hoy está usted intratable. ¿Tan seguro se cree usted? Pero aún no es Florencia la mujer de Raimundo. Si Raimundo supiera la verdadera historia de esa mujer...

DOCTOR. El anónimo delator llegaría tarde, Princesa. Raimundo sabe toda la historia, la verdadera historia. Raimundo no es un hombre a quien pueda engañarse. A cada hombre se le domina por su debilidad: a uno por su simpleza, a otro por sus vicios, a otro por su vanidad, a otro por su ambición...

PRINCESA. Y la debilidad de Raimundo...

DOCTOR. Es su bondad. Y nadie sabe las tonterías que los buenos son capaces de hacer si creen que hacen bien.

PRINCESA. Raimundo hará la de casarse con Florencia.

DOCTOR. No; esa no es una tontería. En todo caso sería una locura.

PRINCESA. Es lo mismo.

DOCTOR. ¡Ah, no! La tontería es una debilidad de la inteligencia; la locura es también una debilidad, pero con exaltación del sentimiento y de la voluntad. Y si de los tontos puede uno hacer lo que quiere, de los locos no puede uno estar tan seguro. ¡Y si viera usted cómo empiezo a tener miedo!...

PRINCESA. ¿Usted miedo?... ¿A qué?...

DOCTOR. Qué se yo... Antes Florencia obedecía ciegamente mis mandatos; ahora advierto en ella una resistencia. Hay una voluntad superior a la mía, que manda en su voluntad. Lo siento. Lo veo. ¡Y si viera usted cómo yo también me siento dominado por esa voluntad!... ¡Sí!, ante ese hombre me acobardo. Pero hay que sobreponerse a esa influencia o estamos perdidos... Pronto sabré a qué atenerme.

PRINCESA. No quiera usted aturdirme con palabras equívocas, misteriosas... Me habla usted de todo menos de lo que importa: de lo que piensa usted hacer.

DOCTOR. ¿Y qué puedo yo hacer? Somos víctimas de la fatalidad, Princesa. Un amor ferviente, apasionado, puede más que nosotros. El bien triunfa del mal...

PRINCESA. ¡Farsante!... ¡Se acordará usted de mí!

DOCTOR. Eso siempre, Princesa. No es usted de esas personas de quien uno puede olvidarse... ¿Quién es?... ¡Adelante!

ESCENA IV

DICHOS y RAIMUNDO.

D.CTOR. Amigo mío...

RAIMUNDO. Perdonen ustedes..., no me dijeron que no estaba usted solo.

DOCTOR. Usted es dueño de esta casa.

PRINCESA. Ya salía..., no crea usted que huyo.

RAIMUNDO. No. ¿Por qué? Deseaba encontrar a usted así, como ahora, en intimidad. Está usted tan unida a una persona tan unida también a mí...

PRINCESA. Él no lo cree así.

RAIMUNDO. ¡Yo estoy seguro! El habla por su padre..., nuestro padre. ¡Yo hablo por mi madre, y no puedo dudar!

PRINCESA. No había querido ofenderle...

RAIMUNDO. Usted no puede saber..., y no puede ofenderme... Yo desearía hablar con mi hermano. ¿Será usted tan amable que le manifieste mi deseo?

PRINCESA. ¿Por qué no? ¡Encantada! ¿Cuándo diré que desea usted verle?

RAIMUNDO. Hoy mismo. Aquí si es posible. Le espero. ¿El doctor no tendrá inconveniente?

DOCTOR. Usted dispone de esta casa, que es suya.

PRINCESA. Usted no sabe que Ecequiel es como un niño, una débil criatura atormentada. Tal vez no se atreva a ver a usted. Él sabe que entre usted y él...

RAIMUNDO. Está mi madre. Pero mi madre era tan buena

que lo perdonó todo. Yo he tardado más en perdonar. Pero a él nada tenía que perdonarle, porque él, ¿qué culpa tiene? Lo que debía hacer no podía exigírsele. Era preciso una grandeza de alma que él..., ¿de quién podía haberla heredado? Y lo que las almas tienen de Dios, se pierde y se obscurece al andar por la vida, entre tinieblas. Sólo cuando un gran dolor aceptado nos purifica, el destello divino resplandece.

PRINCESA. ¿Y eso es lo que usted pretende de él, purificar su alma?

RAIMUNDO. No tema usted. Nunca hasta el punto de que se crea obligado a restituir nada. Al contrario: si algún escrúpulo tuviera en poseer lo que no le pertenece, yo procuraría tranquilizarle.

PRINCESA. ¡Señor!...

RAIMUNDO. ¿Duda usted de mí?

PRINCESA. No, no dudo. Oyéndole a usted no es posible dudar. *(Aparte al Doctor.)* Tiene usted razón: hay algo en él que se impone y domina. ¡Es admirable y es temible!

DOCTOR. ¡Más temible que nunca! *(Sale la Princesa.)*

ESCENA V

RAIMUNDO y el DOCTOR.

DOCTOR. Celebro que se vea usted con su hermano. La situación era insostenible.

RAIMUNDO. Para mí, no; para él, sí, porque lo era para su amante.

DOCTOR. Para usted, también. Esa mujer hubiera sido capaz..., ¡quién sabe! Un arreglo amistoso es mejor para todos. Usted puede ofrecerles... Ellos aceptarán lo que usted proponga.

RAIMUNDO. Seguramente... lo que yo proponga. Y usted..., ¿aceptará también lo que yo le he propuesto?

DOCTOR. Señor, usted dispone, usted manda... Es muy triste para nosotros separarnos de nuestra hija..., nuestra hija, sí, porque la hemos querido como a una hija. Ella le habrá dicho a usted...

RAIMUNDO. Sí. Ella sabe agradecer todo lo que ustedes han hecho por ella. Ustedes no podían hacer más... Mi deseo, el suyo, es asegurarles a ustedes una situación decorosa..., pero lejos de nosotros..., lo más lejos posible...

DOCTOR. Está bien. Por su felicidad nos sacrificaremos gustosos. Yo soy su amigo de usted. ¿No cree usted que yo soy su amigo?

RAIMUNDO. ¿Por qué no? No hay razón para que no pueda usted serlo.

DOCTOR. Yo le hubiera aconsejado a usted siempre lo que usted ha decidido: esa transacción amigable con su hermano. Aunque fuera justo, hubiera sido una crueldad desposeerle de todo. Él no tiene culpa de nada. ¿Pero qué hubiera sido de él, a una edad en que ya es difícil emprender otros rumbos en la vida? ¡Ah!... Tampoco debía ser que usted renunciara a cuanto le pertenece. Usted, que es bueno y generoso..., ¡puede hacer usted tanto bien con esas riquezas!...

RAIMUNDO. No prosiga usted en sus consideraciones, muy razonables, pero muy equivocadas. No se trata de transigir ni de exigir.

DOCTOR. ¡Ah, mejor, mucho mejor! Yo no me atreví a creerlo; pero veo que está usted resuelto a reclamarlo todo. Y así debe ser; es lo justo. Su fortuna, su nombre..., de que fué usted desposeído... Florencia no se atreve a decírselo a usted; pero eso es lo que ella quiere, lo que ella manda.

RAIMUNDO. ¡Ella! ¿Quién?

DOCTOR. Ella, la muerta adorada. Anoche, aquí mismo, Florencia, inspirada por su espíritu, escribía, escribía ..

RAIMUNDO. ¡Mentira!...

DOCTOR. ¡Señor!...

RAIMUNDO. ¡Mentira, digo! Ella no ha podido decir... Florencia, tampoco... ¡Llámela usted!...

DOCTOR. De ningún modo. No es preciso. Cálmese usted. Yo no creí... Suponga usted que nada he dicho.

RAIMUNDO. Es que no quiero que nunca, nunca, podamos decir que nos hemos engañado. No hay más que una verdad en la vida y en la muerte. Si Florencia no acepta esa verdad, mi verdad, nuestra unión no sería la unión de dos almas. ¡Llámela usted! ¡Florencia, Florencia!...

DOCTOR. Pero... ¿qué quiere usted saber?

RAIMUNDO. Quiero saber si ella puede ser ella... ¿Entiende usted? Ella, mi verdad, mi amor, la que vuelve a la vida porque yo lo creo. ¡Creer, creer..., eso es amor! ¡No puede haber amor entre mentiras!

ESCENA VI

DICHOS y FLORENCIA.

FLORENCIA. ¿Me llamaba usted?

RAIMUNDO. ¡Sí! Escucha. Dos caminos se abren ante nosotros: el que tú quieras seguiremos; pero desde este instante. Uno será el convenio conyugal, el contrato de unión por toda nuestra vida, esta vida. Otro será lo que ni siquiera podemos comprender: ser los dos uno mismo, unidas nuestras almas para la eternidad. ¿Qué quieres? ¿Que yo recobre mi nombre? ¿Que yo sea el que nació de un padre que renegó de mí? ¿O me quieres como soy, como me hice a mí mismo por mi voluntad, por mi amor, por lo que he perdonado, por lo que ella, la que fué mi verdad y mi amor, padeció por mí y perdonó conmigo? ¿Qué quieres?

FLORENCIA. ¿No lo sabes? Lo que tú quieras. Lo que ella quiera. Salvarme por ti, contigo, en la vida y más

allá de la muerte... Lejos de todas las mentiras, de todas las traiciones... Sabes tú que yo he sido una criatura miserable... Lo sabes todo, todo... Pero de aquella criatura no queda nada. Ahora vendrían a revelarme toda mi vida y diría: ¡Mentira, mentira! ¡Nada de eso ha sido, no ha podido ser!... Es el milagro de tu bondad. ¡Ha nacido en mí un alma, otra alma; la tuya!

RAIMUNDO. No. Es la que vuelve a mí porque lo creí siempre: mi verdad, mi amor...

DOCTOR. Aquí tiene usted a su hermano.

ESCENA VII

DICHOS y ECEQUIEL.

ECEQUIEL. Me dijeron que deseaba usted verme.

RAIMUNDO. Sí. Antes debimos acercarnos. No sé cómo llamarte... Hermanos... no podemos ser. Porque si yo existiera con mi nombre, tú no sabrías qué nombre podría ser el tuyo. Tú me substituiste como si no fuera yo el que había nacido... para el cariño de mi padre..., ante la ley. Después, tú fuiste el legítimo, el único..., tú con mi nombre.

ECEQUIEL. Mi padre aseguraba...

RAIMUNDO. ¡No! ¡Silencio! ¡Eso no!... Que voy a acordarme de que eres su hijo, y entonces es cuando no podré llamarte hermano. Yo no he dudado nunca de que fueras su hijo, y con más razón podría dudarlo. Por tu madre se vió la mía abandonada, en la miseria, porque nunca admitió nada de cuanto la ofrecieron. En ella aprendí a renunciar para siempre... Puedes estar tranquilo. Yo nunca reclamaré nada. Si mi padre no me hubiera desheredado con una mentira, me hubiera desheredado yo con una verdad. Ya ves si quisiera no pensar en el que fué mi padre que, al-

gunas veces, hasta hubiera querido dudar de mi madre; por eso no la hubiera querido menos, por no estar tan seguro de que aquel hombre fué mi padre.

FLORENCIA. ¡Raimundo!...

RAIMUNDO. ¡Oh!... ¡Si hubieras visto aquella cara de dolor de mi madre! Era el dolor de las almas que no saben odiar. Y así era la de mi madre: como una cruz en qué sangrara siempre su amor crucificado.

FLORENCIA. ¡Raimundo!...

ECEQUIEL. No me odies... No quiero que me odies...

RAIMUNDO. ¡No! ¡Nunca! Ya lo ves: no te hubiera llamado y deseaba tenerte cerca. ¡Te compadezco tanto!... ¡No supiste, no podías hallar la verdad! ¡Quién sabe si podré salvarte!

ECEQUIEL. No. Mi vida es una vida inútil. Como mi nombre es toda ella. ¡Sin realidad; mentira toda! Tú no sabes... Cuando yo supe la verdad de mi vida, yo quise restituir... He sido cobarde... ¿Tú sabes por qué? No tenía voluntad. Era esclavo de una mujer; era lo que ella quería que fuese... Se había apoderado de mí... ¡Sí, ella y ese miserable!

DOCTOR. ¿Qué dice usted?...

ECEQUIEL. Sí, sí. Fueron ellos los que me hicieron pensar en que por ti podía perderlo todo..., en que tú podías desaparecer...

DOCTOR. ¡No es cierto! ¡Si alguien hubiera debido desaparecer, era usted, desdichado!

ECEQUIEL. Yo, sí. Nadie más desdichado que yo; ahora más que nunca. ¡Sólo tú podías salvarme, hermano mío! ¡Líbrame de tanta miseria! ¡Líbrame de tanta mentira!... Sé más generoso conmigo de lo que querías ser... Mi nombre es tuyo, mi fortuna es tuya. ¡Tómalo todo! ¡Déjame la verdad! ¡Quiero la verdad de mi vida!...

FLORENCIA. ¡Raimundo!...

RAIMUNDO. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

FLORENCIA. ¡No, no..., es horrible!... ¡Corran ustedes!... ¡Pronto!...

RAIMUNDO. ¿Qué ocurre?... ¿Qué tienes, Florencia?...

FLORENCIA. ¡La Princesa ha sido asesinada!...

ECEQUIEL. ¡Ah!...

DOCTOR. ¡La Princesa, no!...

RAIMUNDO. ¡Florencia! ¡No! ¡Qué dices!...

FLORENCIA. ¡La Princesa ha sido asesinada!...

ECEQUIEL. Sí. Es verdad..., es verdad...; pero es horrible... *(Cae desplomado.)*

RAIMUNDO. ¡Hermano, hermano!...

DOCTOR. Entonces... ¿Florencia?...

RAIMUNDO. Él lo sabía.

FLORENCIA. ¡El asesino ha sido él!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo acto.

ESCENA I

FLORENCIA, el DOCTOR y ESTHER.

DOCTOR. Florencia, ¿cómo está ese hombre?

FLORENCIA. No sé. Raimundo queda con él. ¡Es verdad, es verdad..., yo lo he visto!

DOCTOR. Entonces... mi razón se pierde... Yo nunca creí... ¡Es admirable, Florencia!...

FLORENCIA. ¡Es espantoso! ¡Silencio! Raimundo...

ESCENA II

DICHOS y RAIMUNDO.

FLORENCIA. ¿Cómo está? ¿Qué dice?

RAIMUNDO. Descansa, gracias a un calmante.

FLORENCIA. ¿Un calmante?

RAIMUNDO. No, no temas. Ya sé que en esta casa todo es peligroso.

ESTHER. ¿No le ha dicho todavía?... ¿Aún no sabe usted de cierto?...

RAIMUNDO. No. Su estado de estupor no le permite hablar

todavía. Yo no puedo creer que sea verdad. Fué una alucinación. Es que tú presentías...

FLORENCIA. No. Lo supe..., lo he visto... Quisiera que no fuera así... Allí está la Princesa, sola, abandonada... Nadie ha llegado todavía...

RAIMUNDO. Es preciso saber... Espero a Esteban. Sólo él, serenamente, puede aconsejarnos... ¡Es horrible! ¿Es que no está aquí nuestra vida? ¿Es que somos, al pasar por el mundo, como comediantes que representan lo que ya estaba escrito?... ¿Como figuras de linterna mágica, que nosotros no hemos trazado? ¿De dónde vienen nuestros impulsos, malos o buenos?... ¿Quién ordena, quién rige, quién dispone?... ¿Qué es nuestra pobre voluntad?... ¡Voluntad!... ¿Es que puede llamarse voluntad a estas sacudidas nuestras, que acaso obedecen a otras voluntades más fuertes, porque su mundo es de claridad y el nuestro de sombras?...

ESTHER. ¡Todo me asusta!...

DOCTOR. Todo se ha perdido...

ESCENA III

DICHOS, ESTEBAN y DICK.

RAIMUNDO. ¡Esteban, amigo mío!...

ESTEBAN. ¿Qué te ocurre? Te encuentro demudado.

RAIMUNDO. Sí. Ahora sabrás... Siéntate... ¡Hola, Dick!...

DICK. Buenas tardes. ¿Cómo están ustedes?...

FLORENCIA. Bien, Dick.

ESTEBAN. Le traje conmigo por si en algo puede ser útil. Al recibir tu aviso, supuse que algo grave ocurría. Como siempre temo...

DOCTOR. ¿De mí? ¡Pobre de mí! Su amigo le dirá si de nada tengo yo la culpa.

ESTEBAN. Pero ¿algo grave ha sucedido? Me basta con mirarles a ustedes, a todos ustedes... ¿Qué pasa?...

RAIMUNDO. Aún no sabemos..., no podemos saber... Ven conmigo.

ESTEBAN. Espérame, Dick. *(Salen Raimundo y Esteban.)*

ESCENA IV

FLORENCIA, ESTHER, el DOCTOR y DICK.

FLORENCIA. Siéntate, Dick.

DICK. Estoy bien, gracias.

DOCTOR. Yo quisiera ir allá..., saber...

ESTHER. No... Yo aún no creo. Hay cosas que no pueden creerse.

DOCTOR. La Princesa tiene cartas en su poder... Si yo pudiera... Sí, sí... Tengo una llave de la casa...

ESTHER. ¡No, no vayas!...

DOCTOR. Déjame. Florencia, si preguntan pór mí, diles que, en mi deseo de saber, de tranquilizarnos todos, he ido a observar, si es que algo se advierte, si se ha descubierto ya lo que yo aun no creo.

FLORENCIA. Sí. Debe usted ir. Nadie ha llegado todavía. Nadie sabe que la Princesa estaba allí... Está sola... Allí están sus cartas. Debe usted ir.

DOCTOR. Sí, sí...

ESTHER. ¡Tengo miedo!

DOCTOR. ¡Calla! Es preciso...

FLORENCIA. Sí. Es preciso..., es preciso... *(Sale el Doctor.)*

ESCENA V

FLORENCIA, ESTHER y DICK.

ESTHER. ¿Qué será de nosotros?

FLORENCIA. No lo sé... Nadie puede saberlo... Algo veo; pero todo se pierde, huye... ¿Qué dices, Dick? ¿Trabajas siempre?

DICK. Sí, pero no estoy bueno. Desde hace algún tiempo no estoy bueno. Se me ponen unas ideas...

FLORENCIA. ¿Qué ideas? ¿No será nada malo?

DICK. No; malo, no; ideas tristes...

FLORENCIA. ¿Por qué has de estar triste? ¿No estás contento con tu protector? Te quiere como un padre.

DICK. Sí. Es muy bueno. No es posible que haya un hombre mejor. Y es esa mi tristeza...

FLORENCIA. No te entiendo...

DICK. Es que uno no es tan bueno... Y siente uno así... como vergüenza sólo de pensar en algo malo... A mí me parece que me está leyendo siempre en el pensamiento..., y como no quisiera que leyera nunca nada malo...

FLORENCIA. ¿Es que te pesa ser bueno?

DICK. Si me dejaran serlo.

FLORENCIA. Si te dejaran. ¿Quién?

DICK. ¡Si yo hubiera empezado a vivir el día en que encontré a mi protector! Pero antes..., ¡cuánta gente mala!...

FLORENCIA. Pero ahora ¿no verás a esa gente, no sabrás de ella?...

DICK. Me buscan, me persiguen, me amenazan... ¡Y a él también..., y eso no! ¡Antes que eso sea, quisiera morirme! Sería lo mejor...

FLORENCIA. No pienses en eso. Díselo todo a él, nada le ocultes. ¿Por qué no le dices todo lo que te pasa? No debes tener secretos para él. ¡Eres su hijo!

DICK. ¡Su hijo!..., ¡el que murió sin saber por qué!...; ¡cuánto me acuerdo... cuando pienso en él!..., no lo sabe nadie...

FLORENCIA. ¿Qué dices? ¡Dios mío!... ¿Nuestra vida no es nuestra?... Raimundo dice bien: por nuestras almas pasan otras almas que dejaron incompleta su vida y quieren vivir en nosotros, y oímos voces que creemos nuestras, y nuestros pasos son por caminos que ellas saben y nosotros ignoramos. ¡Pobre vida nuestra!...

ESCENA VI

Dichos y el DOCTOR.

ESTHER. ¡Ah! ¿Tan pronto?... ¿Qué viste? ¿Qué sucedió?...

FLORENCIA. ¿Qué vió usted?

DOCTOR. Nada, nada. No me atreví a llegar. Tengo miedo... Nunca me ha sucedido..., no me atreví.

ESTHER. Hiciste bien.

DOCTOR. No sé... Yo no sé nada... ¿Quién puede más que yo, que a más que esto me atreví tantas veces?...

ESCENA VII

Dichos y ESTEBAN.

FLORENCIA. ¿Cómo está? ¿Qué dice?

ESTEBAN. ¡Es horrible! ¡Ha confesado! ¡Era verdad!...

DOCTOR. ¿Es verdad? La Princesa...

ESTEBAN. Sí.

DOCTOR. Y ha sido él... ¿Dice que ha sido él?

ESTEBAN. Él, sí. Por suerte estaban solos. Aun nada han podido descubrir. Es preciso salvar a ese desgraciado. Es el hermano de Raimundo... ¡Hay que salvarle!

DOCTOR. A todos nos importa.

ESTEBAN. A todos... por desgracia... Al perseguir los misterios del más allá, todos nos vemos envueltos en esta urdimbre de locura... Raimundo el primero... ¡Él es quien me importa más que nadie!

ESTHER. Pero ¿cómo podrá ocultarse? Tal vez ya esté todo descubierto. ¡Qué horror!...

ESTEBAN. No. Hay tiempo. El departamento en que se veían, está aislado en el jardín de la casa. No había ningún criado ni entrará allí nadie hasta mañana. Es preciso que alguien vaya antes.

DOCTOR. Yo lo intenté; pero confieso que sentí miedo...

ESTEBAN. Dick irá con usted. Esta es la llave.

DOCTOR. No hace falta: yo tengo otra.

ESTEBAN. Es preciso que parezca que el móvil del crimen ha sido el robo. La Princesa llevaba su collar de perlas..., otras joyas también. Apodérense ustedes de ellas... Ya las haremos desaparecer.

DOCTOR. Sí, sí. ¿Dice usted que Dick me acompañará?

DICK. ¿Dónde vamos?

ESTEBAN. Donde el Doctor te lleve. Cuando lleguen ustedes ya será de noche. Nadie les verá a ustedes... Les esperamos impacientes... De Ecequiel Davidson nadie podrá sospechar... Su carácter apático, indiferente a todo, al parecer... Quién puede suponer que él ha sido capaz... Pero es preciso que el crimen pueda explicarse de otro modo...

DOCTOR. Su amigo de usted, ¿está de acuerdo con usted?

ESTEBAN. Sí. Él ha pensado lo mismo que yo: que es preciso salvar a su hermano, cueste lo que cueste. ¿Entiende usted? ¡Cueste lo que cueste!...

DOCTOR. Nada pido. Es interés mío también que nada se descubra. ¿De Dick, usted responde?

ESTEBAN. Como de mí mismo... No pierda tiempo.

DOCTOR. ¿Vamos, Dick?...

DICK. Cuando usted quiera. *(Salen Dick y el Doctor.)*

ESCENA VIII

FLORENCIA, ESTHER y ESTEBAN.

FLORENCIA. Dick no ha debido ir.

ESTEBAN. Sí, Florencia.

FLORENCIA. Es que usted no sabe...

ESTEBAN. Sí. Vuelvo a entregarle al mal. Lo sé. Pero todo es preferible a la mentira. Para perdernos o para salvarnos, siempre con nuestra verdad. La verdad es la que ha de sobrevivirnos, la verdad es la que

ha de purificarnos, la verdad es la que nos resucita de entre los muertos...

FLORENCIA. Sí. Esas son las palabras... Veo el camino... Es todo luz...

ESCENA IX

DICHOS y RAIMUNDO.

RAIMUNDO. ¿Qué has resuelto?

ESTEBAN. Lo que pensamos. El Doctor y Dick fueron allá. Pronto sabremos..., tendremos una seguridad. ¿Qué dice ese hermano tuyo, desdichado?... ¿No será una perturbación suya, una sugestión? ¿Creerá que ha sido él y no habrá sido?

RAIMUNDO. ¿Qué sabemos? Florencia, ¿qué misterio hay en ti?

FLORENCIA. ¿Lo sé yo misma?...

RAIMUNDO. Mi hermano quiere hablar contigo... Quiere saber. ¡Saber!... Todos queremos saber..., preguntarnos unos a otros... Él mismo no sabe cómo fué lo que ha sucedido, y cree que tú puedes saberlo...

FLORENCIA. Quiere engañarse todavía... Quiere otra verdad: ¡la verdad del mundo! ¡La tendrá! Pero ¡pobre de él si la acepta!...

ESTEBAN. Tiene miedo... Quiere salvarse.

FLORENCIA. ¿Salvarse? ¿De qué? De la ley, que necesita pruebas para condenar. Ya está salvo... Déjenme ustedes con él: que venga a mí. Yo puedo tranquilizarle... Él sólo fué el ejecutor de otra justicia... Hay leyes más altas, más justas... Hay asesinos respetables como jueces... ¡Quién sabe en nombre de qué justicia sentenciaron!... El corazón de la Princesa era más criminal que la mano de su asesino... Por su pensamiento habían pasado crímenes más horribles que la sentencia... Y todavía...

ESCENA X

DICHOS y ECEQUIEL.

FLORENCIA. ¡Ah!...

ECEQUIEL. ¿Qué sabes?... ¿Qué puedes decirme?... ¡Por piedad... ¡No puedo estar solo..., me espanta!... ¡Hermano! ¡Hermano, me volveré loco!...

FLORENCIA. ¡Déjenme con él..., déjenme!...

ECEQUIEL. ¡Sí..., quiero saber..., necesito saber!...

FLORENCIA. ¡Cálmese usted! ¡Tranquilícese!... Déjennos ustedes.

RAIMUNDO. ¡Si no fuera verdad!...

ESTEBAN. Eso decimos ante toda verdad: ¡si no fuera verdad!... Y la verdad se pierde y nosotros con ella. *(Salen Raimundo, Esteban y Esther.)*

ESCENA XI

FLORENCIA y ECEQUIEL.

FLORENCIA. Me mira usted y quisiera usted leer en mí lo que usted no puede comprender; cómo he sabido...

ECEQUIEL. Eso. Cómo podía usted saber, cuando aun yo mismo no sabía. Al llegar aquí enloquecido, ya me pareció que no había podido ser, que pude pensarlo, que pasó por mí, pero que no pudo ser. Y usted me hizo comprender la verdad de una acción de la que ahora mismo tuve conciencia... Había sido yo, sí; yo he sido. ¿Qué pasó por mí y cómo pudo usted saber lo que yo mismo no creía?...

FLORENCIA. No, no fué así. Nada de eso ha sucedido. Usted no ha matado, no es usted culpable, no. La Prin-

cesa ha sido asesinada, pero el asesino no fué usted...

ECEQUIEL. ¿Que no fuí yo?

FLORENCIA. No, no; pronto sabrá usted. Fué un vulgar ladrón, fué por robar sus joyas, nada tiene usted que temer. No tiene usted por qué atormentarse... Usted pensó, pensó nada más.

ECEQUIEL. No, no. Estoy seguro. Aun están crispadas mis manos que atenazaron su garganta. Al oír que yo quería restituir..., aquella mujer me habló de un crimen tramado por todos, por usted también.

FLORENCIA. No. ¡Silencio, silencio!...

ECEQUIEL. Era mi hermano el que debía morir... y aquella mujer quería que yo consintiera, y fué como un reptil inmundo enroscado a mi cuerpo, a mi alma también; sus besos eran como mordedura, sus palabras también mordían... Supe todo lo que aquí se había fraguado... Usted era también su cómplice...

FLORENCIA. Sí, sí...; calle usted, calle usted, por piedad.

ECEQUIEL. Yo no quería, y sin querer me sentía vencido. Entonces..., no fuí yo; alguien mandaba, exigía, y ahogué, ahogué, y fué un grito de liberación, era otro aire el que respiraba, otra luz, otra vida..., ¿y lo creerá usted?, mi primer impulso fué cantar, reír. Saltaba de alegría... Era un criminal y nunca me había sentido mejor... Había cometido un asesinato y me sentía inocente como una criatura recién nacida.

FLORENCIA. Sí, así era, así es. Era usted libre, había usted roto las cadenas de carne... Ahora puede usted salvarse.

ECEQUIEL. Sí, sí; mi hermano me salvará. Es preciso que nadie sepa...

FLORENCIA. Nadie..., ni usted mismo, ¿verdad?

ECEQUIEL. Yo sabré siempre, no olvidaré nunca... Pero al menos habré restituído, seré el que yo quería ser, el que debí ser...

FLORENCIA. Sí, todo será como está ordenado... Allá, más allá de la muerte. Cada acto es la expiación de otros actos, el castigo de otras culpas, la redención de otras almas...

ESCENA XII

DICHOS y el DOCTOR.

FLORENCIA. ¿Qué? ¿Qué sucede?
DOCTOR. Calla, calla, ¿y Raimundo y su amigo? Llamadlos, que vengan. No sabes...
FLORENCIA. Sí, sí. Todo es verdad, la Princesa está allí. ¿La habéis visto? Y Dick, ¿viene con usted?
DOCTOR. ¡Dick!..., no sabes, no puedes saber. Llama a esos hombres, es preciso que sepan...
FLORENCIA. Sí, sí... ¡Raimundo, Raimundo, vengan ustedes!...
ECEQUIEL. ¿Llegaron tarde?
DOCTOR. No, nadie había llegado todavía; pero después...
ECEQUIEL. Después...

ESCENA XIII

DICHOS, RAIMUNDO y ESTEBAN.

ESTEBAN. ¿Qué sucede? ¿Qué vió usted?, ¿y Dick?
DOCTOR. No, no sé como decirlo; no pueden ustedes imaginarlo. Llegamos a la casa, nadie nos vió entrar, la Princesa estaba allí, muerta. Dije a Dick que tomara el collar, otras joyas, yo hice saltar las cerraduras de algunos muebles, puse en desorden la habitación; cuando quise mirar, Dick no estaba allí; busqué; había desaparecido...
ESTEBAN. El lobo volvió a sentirse fiera; lo presentía. Desde hace algún tiempo, Dick no era el mismo.
DOCTOR. Creí que habría huído asustado, que tal vez me

esperaba afuera; recorrí los alrededores, pero alguien podía verme, aunque el lugar es poco transitado. En efecto; pronto divisé un grupo, iba a acercarme y vi con espanto que era Dick a quien rodeaban otros hombres, le increpaban, le registraban..., no me atreví a acercarme...

FLORENCIA. Eran los suyos, los que le perseguían, los que le esperaban siempre.

DOCTOR. Eso es todo...

ESTEBAN. Eso es todo, sí; he vuelto a perder un hijo.

FLORENCIA. No, aun no. *(Aparte a Ecequiel.)* Ya nada tiene usted que temer, ya no pueden sospechar nada; es otro el criminal, un ladrón que huye, a quien todo ha de acusar cuando lo encuentren. Nada tiene usted que temer, todo sucede mejor que se pensaba.

ECEQUIEL. Mejor que se pensaba.

DOCTOR. Sí, eso sí.

RAIMUNDO. Sí, todo le acusa, todo le condena; su vida pasada, esa gente con quien muchos le habrán visto alguna vez. Ya puedes estar tranquilo. ¿Por qué me miras así? ¿Qué quieres decirme?

ECEQUIEL. No, ¿qué quieres decirme tú; qué me dices que debo hacer, sólo con mirarme?

RAIMUNDO. No lo sabes: quiero salvarte.

ECEQUIEL. Pero no así, no esa salvación; la mentira no. Si fuí cobarde para restituir lo que para mí usurparon, lo que fué toda la mentira y la cobardía de mi vida, no he de mentir, no he de ser cobarde para rescatar a una criatura humana, así fuera la más miserable criatura. Yo gritaré la verdad. Maté por no ser el que era y no quiero serlo. Entre la cobardía de matarme o la de matar, elegí la mayor cobardía, la de vivir; pero no era de esa mujer, era de mí de quien tenía que libertarme y ahora es mi libertad. Hermano mío *(a Florencia)*, y tú, alma purificada por la bondad y el amor, dadme vuestra fe, dadme vuestra verdad.

FLORENCIA. La expiación. Cuando no basta nuestra vida, más allá de la muerte. Raimundo, toda tu bondad, todo tu amor, no podrían hacer digna de ti a esta mujer miserable. Te lo he confesado todo, todo, pero aun quedaba un secreto en mi vida.... Este... *(Bebe de un frasco y cae desplomada.)*

RAIMUNDO. Florencia, Florencia, ¿qué has hecho?

ESTEBAN. Florencia...

DOCTOR. ¿Qué?... Es la muerte.

ESTEBAN. Lo sabe usted.

ECEQUIEL. Lo sabe. También yo lo sabía. Cerca de ellos, en sus manos, poco a poco esa hubiera sido tu muerte.

RAIMUNDO. No, no es verdad, ella no, ella no. Dime que no es verdad, habla todavía, mírame todavía; la verdad, la verdad.

FLORENCIA. ¿La verdad? Más allá, más allá de la muerte.

RAIMUNDO. No, ¿qué más verdad? Por mi amor te di un alma; por mi amor me pagaste con tu vida.

ESTEBAN. Su vida fué el misterio de la mentira; su muerte es el misterio de la verdad.

RAIMUNDO. Y entre los dos misterios, el de la vida y el de la muerte, la única verdad: el amor.

FIN DEL DRAMA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.

Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«*No fumadores*», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** pesetas.